

Primera parte

El canto

«Un océano sin monstruos innombrables sería
como un sueño sin sueños.»

—John Steinbeck

«El método científico no es más que una serie
de reglas para que no nos mintamos los unos a
los otros.»

—Ken Norris

Grandes y mojadas. ¿Siguiente pregunta?

Amy llamó «cariño» a la ballena.

Medía quince metros, era más ancha que un autobús urbano y pesaba más de treinta toneladas. Con una sacudida precisa de su formidable cola habría reducido la embarcación a astillas de fibra de vidrio, convirtiendo a sus ocupantes en manchas rojas flotando en las azules aguas hawaianas. Amy se inclinó sobre la borda y puso el hidrófono sobre la ballena.

—Buenos días, cariño —dijo.

Nathan Quinn meneó la cabeza, tratando de sofocar las náuseas que le provocaba semejante cursilería, que era tan propia de ella, mientras le miraba subrepticamente el trasero y se sentía un poco sucio por hacerlo. A veces la ciencia era complicada. Y Nate era un científico. Amy también lo era, pero con aquellas bermudas caquis estaba tremenda, científicamente hablando.

La ballena seguía cantando bajo la superficie y la barca se estremecía con cada una de las notas. La barandilla de acero inoxidable de la proa emitía una vibración audible. Nate sentía la resonancia de las notas más graves en la caja torácica. La ballena se hallaba en una sección del canto llamada «temas verdes», una larga serie de chillidos que semejaban una ambulancia abriéndose paso a través de un pudín. Alguien menos entendido habría supuesto que estaba contenta, que estaba celebrando algo, saludando al mundo a grandes voces para que todo y todos supieran que estaba viva y de buen humor, pero Nate era un entendido, quizá el más entendido del mundo, y a sus expertas orejas la ballena estaba diciendo... Bueno, no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo, ¿verdad? Por

eso estaban flotando en el zafíreo canal de Maui a bordo de una lancha motora, centrifugando el desayuno en el estómago a las siete de la mañana: nadie sabía por qué cantaban las ballenas jorobadas. Nate se había pasado veinticinco años escuchándolas, estudiándolas, fotografiándolas y azuzándolas con palos y seguía sin saber exactamente por qué cantaban.

—Está croando —anunció Amy, identificando una sección del canto de la ballena que solía darse inmediatamente antes de que la criatura saliera a la superficie. El término científico era que estaba «croando», porque eso era lo que parecía. A veces la ciencia era sencilla.

Nate se inclinó sobre la borda y contempló a la ballena, que estaba suspendida cabeza abajo a unos quince metros bajo la superficie del agua. Las aletas de la cola y el pecho eran blancas y tenían la forma de una uve cristalina en aquellas insondables aguas azules. La enorme bestia estaba tan quieta que se habría dicho que flotaba en el espacio, como el último faro de una extinta raza de viajeros estelares, aunque el sonido que emitía era más propio de una rana arbórea de cinco centímetros que del arcaico vestigio de una especie superior. El hombre sonrió. Le gustaba aquel sonido. La ballena dio un coletazo y salió disparada de su campo de visión.

—Está subiendo —dijo Nate.

Amy se arrancó violentamente los auriculares y empuñó una Nikon motorizada con una lente de trescientos milímetros. Él extrajo el hidrófono a toda prisa, dejando que el cable mojado se enrollara a sus pies, antes de volverse hacia la consola y poner el motor en marcha.

Luego esperaron.

Hubo una exhalación de aire a sus espaldas y cuando ambos se dieron la vuelta observaron una columna de vapor de agua suspendida en el aire, pero estaba lejos, a unos trescientos metros más atrás; demasiado lejos para que se tratara del mismo animal. Eso era lo malo del trabajo en el canal que discurría entre Maui y Lanai: había centenares de cetáceos, tantos que a menudo les costaba distinguir al que estaban estudiando de los demás. Aquella abundancia de ejemplares era al mismo tiempo una bendición y una maldición.

—¿Es el nuestro? —exclamó Amy. Todos los cantantes eran machos. Por lo menos que ellos supieran. Las pruebas de ADN así lo habían demostrado.

—No.

Entonces se produjo una nueva explosión a la izquierda, aunque en esta ocasión mucho más cerca. Nate divisó las palas o aletas blancas de la

cola debajo del agua desde cien metros de distancia. Amy apretó el botón de «stop» de su reloj. Él empujó la palanca del acelerador y arrancaron. La mujer apoyaba una rodilla en la consola para sostenerse y enfocaba a la ballena con la cámara mientras la lancha iba dando tumbos. La ballena exhalaba tres o cuatro veces y después sacudía la cola antes de sumergirse. Amy tenía que estar lista en ese momento para obtener una imagen clara de las aletas con el fin de identificarlas y catalogarlas. Cuando se hallaban a treinta metros de la ballena, Nate tiró de la palanca y mantuvo la posición. El animal exhaló de nuevo. Estaban tan cerca que les llegó el vapor aunque, al contrario de lo que habría sucedido en Alaska, no contenía peces muertos ni apestaba como el aliento matutino. Las ballenas jorobadas no se alimentaban cuando estaban en Hawái.

La criatura restalló la cola y Amy disparó dos veces a toda prisa con la Nikon.

—Buen chico —murmuró, dirigiéndose a la ballena, y pulsó el botón del cronómetro por fases del reloj.

Nate apagó el motor, dejando que la lancha motora se posara en la apacible corriente. A continuación, arrojó el hidrófono sobre la borda y apretó el interruptor de la grabadora que estaba colgada de la consola. Amy dejó la cámara en el asiento de delante y sacó un cuaderno de una bolsa impermeable.

—Dieciséis minutos exactos —anunció mientras comprobaba el tiempo y lo anotaba en el cuaderno junto con los números de los fotogramas del carrete de película que acababa de utilizar. Nate le indicó el metraje de la grabadora y las coordenadas del GPS portátil. Amy dejó el cuaderno y ambos prestaron atención. No estaban encima de la ballena como antes, pero se oía el canto a través de los altavoces de la grabadora. Nate se puso los auriculares y tomó asiento para escucharlo.

Así era el trabajo de campo. Algunos lapsos de actividad frenética seguidos de interminables intervalos de espera. (La primera exmujer de Nate había comentado en cierta ocasión que la vida sexual de la pareja podía describirse exactamente de la misma forma, pero aquello había sucedido poco después de que se separaran y se estaba haciendo la estrecha.) Lo cierto era que las esperas en Maui no eran tan malas; diez o quince minutos como mucho. Cuando Nate estaba estudiando a las ballenas francas del Atlántico Norte, a veces esperaba semanas enteras antes de dar con una. Pasaba las horas muertas (literalmente, pues la ballena estaba sepultada bajo el agua) diciéndose que debería haberse buscado

un trabajo serio, en el que ganara un salario serio y librara los fines de semana, o al menos haberse dedicado a una rama del campo en la que se obtuvieran resultados más tangibles, como hundir barcos balleneros: haberse hecho pirata. Algo seguro, ya se sabe.

Pero ese día Nate estaba tratando por todos los medios de no fijarse en Amy mientras esta se aplicaba crema protectora. Amy era un copo de nieve en el país de los bronceados. Casi todos los científicos que estudiaban las ballenas estaban buena parte del tiempo en el mar, al aire libre. Prácticamente todos ellos eran intrépidos amantes de la naturaleza que ostentaban las quemaduras del sol y el viento como si fueran cicatrices de batalla, el semipermanente bronceado de mapache de las gafas oscuras y el pelo aclarado o bien la coronilla calva y pelada. Amy, por el contrario, tenía la piel blanca como la leche y el cabello negro, corto y lacio, tan oscuro que bajo el sol de Hawái despedía reflejos azules. Llevaba un pintalabios granate tan impropio, descabellado y chocante en aquel contexto que resultaba casi cómico y además le daba el aspecto de una gótica del Pacífico, y este, de hecho, era uno de los motivos de que turbara tanto a Nate. (Se decía: un trasero bien formado en el espacio no es más que un trasero bien formado, pero si le pones un trasero bien formado a una mujer tan ingeniosa como ella y le aplicas un poco de turbación lo que obtienes son... bueno, problemas.)

De modo que no la observó mientras se embadurnaba las piernas, los tobillos y los pies con crema protectora de factor cincuenta. No la observó mientras se quitaba la camiseta y se la aplicaba sobre el pecho y los hombros. (El sol del trópico también puede freírte a través de la camisa.) Y sobre todo no se dio por enterado cuando ella le cogió la mano, le echó un chorro de crema y se dio la vuelta, indicándole que se la untara en la espalda, y él obedeció... sin prestarle ninguna atención durante el proceso. Cortesía profesional. Estaba trabajando. Era un científico. Estaba escuchando el canto de la *Megaptera novaeangliae* («Grandes alas de Nueva Inglaterra», la había denominado cierto científico, demostrando de este modo que los científicos también beben) y no lo fascinaba ese fascinante trasero porque en el pasado había descubierto y analizado datos similares. Según el análisis de Nate, el 66,666 por ciento de las veces las ayudantes con traseros fascinantes acababan convirtiéndose en esposas, que a su vez acababan convirtiéndose en exesposas exactamente el cien por cien de las veces, dejando un margen del cinco por ciento arriba o abajo para el sexo nostálgico después del divorcio.

—¿Te pongo? —preguntó Amy, alargando la mano con la que se untaba la crema protectora.

No le sigas el rollo, se dijo Nate, ni en broma. Si uno contestaba de forma incorrecta a una pregunta como aquella corría el riesgo de perder la cátedra, si acaso la tenía, que no era el caso de Nate, pero de todas maneras... *Ni pensarlo.*

—No, gracias, esta camiseta tiene protección ultravioleta incorporada —respondió, mientras pensaba en cuánto le ponía Amy.

Esta observó con suspicacia la vieja camiseta con el eslogan de la conferencia «Amantes de las ballenas '89» y se limpió la crema restante en la pierna.

—Vale —asintió.

—¿Sabes una cosa? Me encantaría saber por qué cantan —comentó Nate. El colibrí de sus pensamientos había catado todas las flores del jardín antes de posarse de nuevo en la única margarita de plástico que se negaba a darle néctar.

—¿No me digas? —se burló Amy, impasible y sonriente—. Pero si lo descubrieses, ¿qué haríamos mañana?

—Presumir —contestó Nate con una sonrisa.

—Yo me pasaría todo el día escribiendo a máquina, analizando datos, cotejando fotografías, archivando grabaciones de cantos...

—Trayéndonos rosquillas —añadió Nate, intentando ayudarla.

Amy siguió elaborando la lista, contando con los dedos:

—Guardando las cintas vírgenes, lavando los camiones y las barcas, corriendo al estudio fotográfico...

—No tan deprisa —la interrumpió él.

—¿Qué pasa? ¿Es que quieres privarme del placer de ir corriendo al estudio mientras tú acaparas la gloria científica?

—No, claro que puedes ir al estudio, pero Clay ha contratado a alguien para que lave los camiones y las barcas.

La mujer se llevó a la frente una delicada mano, haciendo ademán de desvanecerse, como una bella dama sureña con bermudas sufriendo un desmayo.

—Si me mareo y me caigo por la borda, no dejes que me ahogue.

—¿Sabes una cosa, Amy? —dijo Nate mientras desnudaba la balles-ta—. No sé cómo serían los estudios que hacías en Boston, pero en la biología conductista los ayudantes solo se quejan del trabajo humillante y repetitivo y la falta de consideración delante de otros ayudantes. Por lo

menos cuando yo era ayudante. Siempre ha sido así, desde hace siglos. Hasta en el *Beagle* de Darwin había alguien que archivaba los pájaros muertos y ordenaba las fichas.

—Eso no es cierto. Yo nunca he leído nada al respecto.

—Claro que no. Nadie escribe sobre los ayudantes. —Nate sonrió de nuevo, celebrando aquella pequeña victoria. Era consciente de que no estaba dando la talla con la ayudante. Su socio, Clay, la había contratado hacía casi dos semanas y ya debería haberla aterrorizado. Pero en cambio ella lo ninguneaba como si fuera un camarero de Starbucks.

—Diez minutos —anunció Amy, comprobando el cronómetro del reloj—. ¿Vas a dispararle?

—A menos que quieras hacerlo tú misma. —Nate insertó una flecha en la ballesta y metió el impermeable que usaban para «vestirla» debajo de la consola. Era políticamente muy incorrecto atravesar el concurrido puerto de Lahaina con un arma para disparar a las ballenas, así que la ocultaban con un impermeable de modo que pareciera que llevaban una chaqueta colgada en una percha.

Amy negó violentamente con la cabeza.

—Yo pilotaré la lancha.

—Deberías aprender a hacerlo.

—He dicho que pilotaré la lancha —insistió ella.

—Nadie pilota esta lancha.

Nate era el único que pilotaba la lancha. De acuerdo, el *Pasmarote* no era más que una lancha motora Mako de siete metros de eslora y una joven de veinticuatro años con buenos reflejos podía pilotarla en un día tan apacible. Pero Nate era el único que pilotaba la lancha. Era algo típicamente masculino que se sintiera incómodo ante la idea de que una mujer pilotase un barco o manejara el mando a distancia.

—Sonidos de superficie —observó Nate. Habían grabado todo el ciclo de dieciséis minutos del canto; dos veces, de hecho. Paró la grabadora, extrajo el hidrófono y puso el motor en marcha.

—Ahí está —indicó Amy, señalando las aletas blancas que se movían debajo del agua. La ballena exhaló a apenas veinte metros de la lancha. Nate empujó la palanca hasta el fondo y la embarcación se abalanzó hacia delante. Amy salió despedida y se aferró por los pelos a la barandilla que había al lado de la consola del timón. Nate estaba a unos diez metros a la derecha de la ballena cuando esta subió de nuevo. Sujetó el timón con la cadera, empuñó la ballesta y disparó.

El perno rebotó contra el elástico lomo de la ballena y la punta de flecha hueca de acero quirúrgico le arrancó un jirón de piel y grasa en forma de molde de galletas del tamaño de una goma de lapicero antes de que la propia anchura de la punta de plástico interrumpiese la penetración.

El animal sacó la cola del agua y la restalló en el aire, contrayendo aquellos enormes músculos con un sonido semejante al chasquido de un nudillo gigantesco.

—Está cabreado —comentó Nate—. Vamos a hacer la medición.

—¿Ahora? —exclamó Amy. En circunstancias normales habrían esperado otro ciclo de inmersión. Pero estaba claro que Nate creía que era posible que aquella ballena se marchara después de que le hubiesen tomado la muestra de piel. Podían perderla de vista antes de hacer la medición.

—Ahora. Yo disparo y tú manejas el telémetro.

Nate tiró un poco de la palanca para abarcar toda la aleta de la cola con el objetivo cuando la ballena se sumergiera. Amy cogió el telémetro láser, que se parecía mucho a unos prismáticos diseñados para un cíclope. Midiendo la largura de la cola con el telémetro y comparando el tamaño de esta en el fotograma se calculaba el tamaño relativo de la criatura. Nate había ideado un algoritmo que hasta el momento les había indicado la longitud de las ballenas con una exactitud del noventa y ocho por ciento. Hasta hace unos años había que subirse a un avión para averiguar la longitud de una ballena.

—Lista —anunció Amy.

La ballena exhaló y arqueó el lomo, formando una joroba de gran altura, cuando se disponía a sumergirse (por eso los balleneros las llamaban «jorobadas»). Amy apuntó al lomo del animal con el telémetro; Nate enfocó el mismo punto con la telefoto de la cámara y los motores del autofocus realizaron algunos pequeños ajustes para acomodarse al movimiento de la lancha.

La ballena sacudió la cola, que se elevó a gran altura en el aire, pero en ella no se veía el característico patrón de marcas blancas y negras que identificaba a todas las jorobadas, sino que se leían, escritas con enormes letras negras de varios metros de altura sobre el fondo blanco, las palabras «¡Que te den!».

Nate apretó el obturador. Asombrado, se desplomó en la silla del capitán, al tiempo que tiraba de la palanca. La Nikon cayó en su regazo.

—¡Me cago en la leche! —farfulló—. ¿Has visto eso?

—¿El qué? Yo tengo veintidós metros —contestó Amy, mientras bajaba el telémetro—. Probablemente serán veintitrés desde tu posición. ¿Cuáles son los números de los fotogramas? —Alargó la mano hacia el cuaderno mientras miraba a Nate—. ¿Te encuentras bien?

—Muy bien. Es el fotograma veintiséis, pero se me ha escapado —mintió. Estaba barajando mentalmente una enorme pila de fichas y hojeando un millón de resúmenes que había leído en busca de una explicación para lo que acababa de ver. Era imposible que fuese cierto. La película lo demostraría—. ¿No has visto unas marcas extrañas al sacarle la foto de identificación?

—No, ¿y tú?

—No, no tiene importancia.

—No te preocupes, Nate. Lo conseguiremos cuando vuelva a subir —dijo Amy.

—Vamos a volver.

—¿No quieres que intentemos hacer otra medición? —Para una muestra de datos completa hacían falta una fotografía de identificación, la grabación de al menos un ciclo completo del canto, una muestra de piel para obtener el ADN y los porcentajes de toxinas y una medición. Sin ella habrían desperdiciado toda la mañana.

—Volvemos a Lahaina —insistió Nate, contemplando la cámara que tenía en el regazo—. Pilota tú.

2

Maui no ka oi

(Maui es el mejor)

Al principio el gracioso de Maui arrojó el sedal desde una canoa y sacó a las islas del fondo del mar. Luego las miró y observó que en el centro mismo de la cadena había una que estaba formada por dos grandes volcanes colindantes, semejantes a afectuosos y desiguales pechos marinos. Entre ambos había un valle profundo que recordaba mucho a un canalillo, cosa que le encantó. Y por eso le puso su nombre a aquella voluptuosa isla, que recibió el sobrenombre de «La isla del canalillo» hasta la llegada de ciertos misioneros que la llamaron «La isla del valle» (porque si hay una cosa que se les da bien a los misioneros es encontrar todo lo divertido y acabar con ello). Después Maui encalló la canoa en una tranquila playita de la costa oeste de su nueva isla y se dijo: «Me apetecen unas copas y un polvo. Voy a echar un casquete en Lahaina».

En fin, transcurrió el tiempo y arribaron a la isla algunos balleneros que trajeron consigo herramientas de acero, sífilis y otras maravillas occidentales, y antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba sucediendo ellos también decidieron que no les vendrían mal unas copas y un poco de marcha. Así que en lugar de girar por el cabo de Hornos hasta Nantucket (para empinar el codo con unas jarras de grog y levantarles las faldas a Hester, Millicent y Prudence, tan deprisa que las pobres creyeran que se habían caído por una chimenea y aterrizado encima de un pepino), atracaron en Lahaina, atraídos por la magia erótica y alcohólica del bueno de Maui. No fueron a Maui por las ballenas, sino por la fiesta.

Y de este modo Lahaina se convirtió en un pueblo ballenero. Lo irónico era que aunque hacía apenas unos años que las jorobadas iban allí a alumbrar a sus crías y entonar sus cantos, y en aquella época los canales hawaianos rebosaban de cantantes de grandes alas, a los balleneros no les interesaban. Las ballenas jorobadas, al igual que sus hermanos los rorcuales (las aerodinámicas ballenas azules, las fin, las sei, las minke y las ballenas de Bryde), eran demasiado veloces para los barcos de vela y los balleneros impulsados por el hombre. No, los hombres fueron a Lahaina para descansar y divertirse durante el trayecto hasta las aguas japonesas, donde cazaban a las grandes ballenas de esperma, que literalmente se quedaban flotando como inmensos troncos descerebrados mientras ellos iban remando hasta ellas y les clavaban un arpón en la cabeza. Hasta que no llegaron los barcos de vapor y exterminaron a las grandes ballenas francas (llamadas de esta forma porque cuando estaban muertas flotaban debido a la grasa y por lo tanto era «franco» matarlas), los cazadores no dirigieron sus arpones contra las jorobadas.

Después de los balleneros vinieron los misioneros, los plantadores de azúcar, los chinos, los japoneses, los filipinos, los portugueses que trabajaban en las plantaciones de azúcar y Mark Twain. Mark Twain acabó volviendo a casa. Los demás se quedaron. Entretanto, el rey Kamehameha I unificó las islas mediante el astuto empleo de armas de fuego contra lanzas de madera y trasladó la capital de Hawái a Lahaina. Algún tiempo después, Amy entró plácidamente en el puerto al mando de una lancha motora Mako de siete metros con un doctor alto y de aspecto atontado arrellanado en el asiento de proa.

La radio emitió un chisporroteo. Amy descolgó y apretó el botón del micrófono.

—Adelante, Clay.

—¿Pasa algo? —Era obvio que Clay Demodocus estaba en el puerto y los estaba viendo. No eran ni las ocho de la mañana. Probablemente estaba preparando la barca para salir.

—No estoy segura. Nate ha decidido tomarse el día libre. Voy a preguntarle el motivo. —Se volvió hacia Nate—: Clay quiere saber el motivo.

—Datos anómalos —respondió Nate.

—Datos anómalos —repitió Amy frente a la radio.

Hubo una pausa antes de que Clay dijera:

—Ah, vale, entendido. Salen en todas partes.

El puerto de Lahaina no era grande. Apenas daba cabida a cien embarcaciones detrás del rompeolas. La mayoría eran catamaranes y cruceros de gran tamaño, de quince a veinte metros de eslora, barcos atestados de turistas embadurnados de crema protectora que zarpaban para cualquier cosa, desde cenar a bordo del crucero, hacer pesca deportiva o bucear en el cráter semihundido de Molokini hasta, desde luego, observar a las ballenas. Las motos acuáticas, las paravelas y los esquís acuáticos estaban prohibidos desde diciembre hasta abril, mientras las jorobadas se hallaban en aquellas aguas, de modo que durante aquella temporada los científicos que estudiaban a las ballenas alquilaban muchos de los barcos más pequeños, que solían dedicarse a aterrorizar a las criaturas marinas en el nombre del entretenimiento. En las mañanas de invierno, en el puerto de Lahaina, era imposible arrojar un coco sin darle a un doctor en biología de los cetáceos (y también era muy posible acertarle de rebote a dos másteres en ciencias que trabajaban en sendas disertaciones).

Clay Demodocus estaba jugando al póquer de mentirosos con uno de estos doctores y un oficial de la marina cuando Amy amarró la Mako en la pasarela que compartían con tres zódiacs de otros tantos yates anclados al otro lado del rompeolas, una lancha motora de nueve metros de eslora y la otra barca de la Fundación para el Estudio de las Ballenas de Maui, el *Atontado*, que era la barca de Clay, una flamante Grady White Fisherman nueva de seis metros de eslora con una consola central. (No era fácil hacerse con una pasarela en Lahaina y las circunstancias de la temporada habían dictado que la Fundación para el Estudio de las Ballenas de Maui, o sea, Nate y Clay, construyeran una torre humana náutica con otras seis embarcaciones pequeñas todos los días. Había que hacer lo que hiciera falta para pinchar a las ballenas.)

—Es una lástima —comentó Clay mientras Amy le arrojaba la amarra de popa—. Con el día tan bueno que hace.

—Lo tenemos todo menos la medición de un cantante —dijo Amy.

El científico y el oficial de la marina que estaban en el puerto detrás de Clay asintieron como si lo entendieran perfectamente. Clifford Hyland, un científico nativo de Iowa, hirsuto y de cabello ceniciento, estaba al lado del capitán L. J. Tarwater. Este, aunque era joven, tenía el rostro surcado de profundas arrugas, y llevaba un néveo uniforme blanco y estaba presente para asegurarse de que Hyland no derrochara el dinero de la marina. Hyland siempre daba la impresión de sentirse un poco avergonzado y no miraba a los ojos a Amy ni a Nate. El dinero era el

dinero, y los científicos lo sacaban de donde podían, pero el dinero de la marina era algo tan... tan despreciable.

—Buenos días, Amy —dijo Tarwater, dedicándole una sonrisa deslumbrante, perfectamente simétrica y perfectamente blanca. Era delgado y moreno y tenía un escalofriante aire de eficiencia. En comparación, se habría dicho que Clay y los restantes científicos habían atravesado corriendo una secadora con una bolsa de roca volcánica.

—Buenos días, capitán. Buenos días, Cliff.

—Hola, Amy —contestó Cliff Hyland—. Hola, Nate.

Nathan Quinn se sobrepuso al aturdimiento como un perro labrador que oye su nombre en un contexto que no tiene relación con la comida.

—¿Qué? ¿Qué? Ah, hola, Cliff. ¿Qué?

Hyland y Quinn habían formado parte de un grupo de trece científicos que se habían instalado en Lahaina en los años setenta (Clay seguía llamándolos «la élite asesina», pues desde entonces todos ellos habían destacado en sus respectivos campos). Lo cierto era que al principio no se habían propuesto convertirse en un grupo, pero lo habían sido desde que todos ellos comprendieron que la única forma en la que serían capaces de mantenerse en aquella isla era sumando sus recursos y viviendo juntos. Así pues, durante años, los trece (y a veces más, cuando podían permitirse sufragar los gastos de sus ayudantes, esposas o novias) habían pasado todas las temporadas en una casa de dos dormitorios que alquilaban en Lahaina. Hyland sabía que Quinn se concentraba tanto en las investigaciones que se ensimismaba, de modo que no le extrañó que el delgaducho científico hubiera vuelto a distraerse.

—Datos anómalos, ¿eh? —dijo, suponiendo que eso era lo que lo había puesto en órbita.

—Ah, no estoy seguro. La verdad es que la grabadora no funciona bien. Se oye un chirrido. Probablemente solo haga falta limpiarla.

Y todos, incluida Amy, lo miraron un instante como diciendo: «Vaya, vaya, hipócrita saco de escupitajos de morsa, es la historia más patética que he oído en mi vida y no has engañado a nadie».

—Es una lástima —repitió Clay—. Con el día tan bueno que hace para salir. ¿Por qué no coges la grabadora de repuesto y vuelves antes de que se levante el viento? —Clay sabía que a su colega le pasaba algo, pero también confiaba en su criterio lo suficiente para no insistir demasiado. Nate se lo contaría cuando considerase que tenía que saberlo.

—Ahora que lo dices —dijo Hyland—, será mejor que nos vayamos. —Se dirigió a su barco, que estaba amarrado en el mismo puerto. Tarwater miró fijamente a Nate apenas el tiempo suficiente para transmitirle antipatía antes de volverse sobre los talones para seguir al científico.

Cuando se fueron Amy dijo:

—Tarwater me pone los pelos de punta.

—Es un buen tipo. Lo único que le pasa es que tiene un trabajo que hacer —repuso Clay—. ¿Qué le pasa a la grabadora?

—A la grabadora no le pasa nada —dijo Nate.

—Entonces, ¿qué es lo que ocurre? Hace un día perfecto. —A Clay le gustaba señalar las obviedades cuando eran positivas. El día era apacible y soleado, no soplaba una brizna de aire y se veía hasta sesenta metros debajo del agua. En efecto, era un día perfecto para estudiar a las ballenas.

Nate le dio los maletines impermeables de los instrumentos.

—No lo sé. Me parece que he visto algo ahí fuera, Clay. Tengo que reflexionar y ver las fotos. Voy a dejar el carrete en el laboratorio y después volveré a Papa Lani para escribir mientras unos informes.

Clay dio un respingo apenas perceptible. Dejar el carrete y redactar informes era tarea de Amy.

—Vale. ¿Y tú, chica? —le dijo—. Me parece que el nuevo no va a presentarse y necesito a una persona en la superficie mientras yo estoy debajo del agua.

Amy se volvió hacia Nate en busca de alguna muestra de aprobación, pero como este seguía descargando maletines sin manifestar ninguna reacción, la joven se encogió de hombros.

—Claro, encantada.

De pronto, Clay se mostró cohibido y arrastró las sandalias. Por un instante pareció un niño de cinco años en lugar de un fornido hombretón de cincuenta.

—Al llamarte «chica» no pretendía menospreciarte porque seas joven ni nada de eso, ya lo sabes.

—Lo sé —asintió Amy.

—Y tampoco estaba haciendo ningún comentario sobre tus habilidades.

—Lo comprendo, Clay.

Este se aclaró la garganta innecesariamente.

—Vale —dijo.

—Vale —repitió Amy. A continuación, cogió dos maletines Pelican repletos de instrumentos, se encaramó al muelle, tiró de ellos hasta el

aparcamiento para meterlos en la camioneta de Nate y comentó por encima del hombro—: A los dos os hace falta echar un polvo.

—Me parece que eso es acoso a la inversa —dijo Clay, dirigiéndose a Nate.

—Debo de haber tenido una alucinación —contestó este.

—No, lo ha dicho de verdad —insistió Clay.

Después de que Quinn se fuera, Amy se encaramó al *Atontado* y soltó la amarra de popa. Miró por encima del hombro el yate de doce metros del capitán Tarwater, que estaba apostado en la proa con aire de anuncio de detergente especialmente áspero; Burnstick Go-Be-Bright, tal vez.

—Clay, ¿alguna vez habías visto a un oficial de la marina de uniforme acompañando a un científico a hacer trabajo de campo?

Clay apartó la mirada de la batería del GPS, que estaba comprobando.

—No, a no ser que el científico trabajara en un barco de la marina. Una vez estuve en un destructor, estudiando los efectos de unos potentes explosivos sobre una población de leones marinos al sur de las islas Malvinas. Querían ver lo que pasaba si detonaban una carga de cuatro mil quinientos kilos cerca de una colonia de leones marinos. Había un oficial de uniforme al cargo.

Amy arrojó la amarra al puerto antes de volverse hacia Clay.

—¿Y cuáles fueron los efectos?

—Pues que volaron en pedazos. Eran un montón de explosivos.

—¿Te dejaron grabar eso para *National Science*?

—Solo hice unas cuantas instantáneas —dijo Clay—. Me parece que no se esperaban ese resultado. Saqué algunas fotos muy buenas de la lluvia de carne de foca. —Puso el motor en marcha.

—Puaj. —Amy desató los parachoques y los metió en la barca—. Pero ¿no habías visto nunca a un oficial de uniforme trabajando aquí? Quiero decir antes de ahora.

—En ninguna otra parte —repuso Clay. Tiró de la palanca de cambios, hubo una sacudida y la barca empezó a arrastrarse hacia delante.

Amy los apartaba de las barcas circundantes valiéndose de un bichero acolchado.

—¿Qué crees que estarán haciendo?

—Estaba intentando averiguarlo esta mañana cuando aparecisteis. Habían cargado un maletín enorme. Les pregunté qué era, pero Tarwater

no quiso darme los detalles. Cliff me explicó que se trataba de algo de acústica.

—¿Equipos direccionales? —quiso saber Amy. A veces los investigadores arrastraban una ristra de hidrófonos que, al contrario que uno solo, eran capaces de detectar el origen del sonido.

—Es posible —admitió Clay—. Pero no tienen cabrestante a bordo.

—¿Cabreante? ¿Qué es lo que intentas decirme, Clay? —Amy fingió que se había ofendido—. ¿Que te cabreo?

Clay le dedicó una sonrisa.

—Amy, soy viejo y tengo novia, así que soy inmune a tus encantos. Por favor, desiste de estos infructuosos intentos de ponerme nervioso.

—Vamos a seguirlos.

—Trabajan a sotavento de Lanai. No quiero rebasar la línea de viento con el *Atontado*.

—Así que sí que estabas intentando averiguar lo que se proponen.

—Tiré la caña. Pero no pesqué nada. Cliff no me cuenta nada delante de Tarwater.

—Pues vamos a seguirlos.

—A lo mejor hoy logramos algún progreso. Después de todo, hace bueno y puede que no haya una docena de días sin viento en toda la temporada. No podemos perder uno, Amy. Lo que me recuerda una cosa, ¿qué le pasa a Nate? No es propio de él perderse un buen día de campo.

—Ya sabes, está chiflado —dijo Amy, como si se sobreentendiera—. Pasa demasiado tiempo pensando en ballenas.

—Ah, claro. Se me había olvidado. —Mientras salían del puerto, Clay saludó a un grupo de científicos que se había reunido en la gasolinera del puerto para tomar un café. Había veinte universidades y una docena de fundaciones representadas en ese grupo. Él solo había convertido a los científicos que trabajaban en Lahaina en una comunidad social. Los conocía a todos; además, no podía evitarlo: le caían estupendamente las personas que trabajaban con ballenas y le gustaba que la gente se llevara bien.

Se celebraban disertaciones y reuniones semanales en la sede del Santuario de Ballenas del Pacífico de Kihei a las que acudían todos los científicos para hacer amigos, intercambiar información y hasta, en algunos casos, tratar de escamotearles datos interesantes a quienes no arrostraban la carga de la investigación de campo.

Amy también saludó al grupo mientras rebuscaba en uno de los maletines impermeables Pelican de color naranja.

—Venga, Clay, vamos a seguir a Tarwater, a ver qué es lo que se propone. —Sacó unos enormes prismáticos de potencia veinte y se los enseñó a Clay—. Podemos espiarlos desde lejos.

—¿Por qué no vas a proa y buscas ballenas, Amy?

—¿Ballenas? Son grandes y están mojadas. ¿Qué más necesitas saber?

—Los científicos no dejáis de sorprenderme —comentó Clay—. Coge el timón mientras yo busco un lápiz para apuntarme eso.

—Vamos a seguir a Tarwater.

Una cerca de alambre de espino en el cielo

Cuando llegó Nate la puerta del complejo de Papa Lani estaba entreabierta. Aquello no auguraba nada bueno. Clay siempre insistía en que pusieran de nuevo el voluminoso cerrojo Masterlock en la puerta cuando abandonaban el edificio.

Papa Lani era un conjunto de edificios de estructura de madera en una superficie de cuatrocientos metros cuadrados al nordeste de Lahaina, en mitad de media docena de campos de caña de azúcar que había donado a la Fundación de Ballenas de Maui una ricachona a la que Clay y Nate se referían afectuosamente como «la Vieja Zorra». La finca consistía en seis pequeños bungalós que antaño habían albergado a los obreros de la plantación, pero ahora se habían convertido en las habitaciones, el laboratorio y las oficinas de Clay, Nate y los ayudantes, científicos o equipos de rodaje que trabajaban con ellos durante la temporada. El complejo les había caído del cielo, considerando los costes de alojamiento y almacenamiento en Lahaina. En honor de la buena suerte que habían tenido, Clay lo había llamado Papa Lani («cielo» en hawaiano), pero hoy, a juzgar por lo que veía Nate, alguien se había dejado abierta la puerta del cielo, y por ella se había colado un ángel destructor.

Antes incluso de apearse de la camioneta, reparó en un maltrecho BMW verde aparcado en el complejo y un rastro de papeles que salía del bungaló que hacía las veces de oficina. Recogió algunos mientras atravesaba el sendero de arena y subía corriendo las escaleras de la cabaña. Dentro reinaba el caos: cajones arrancados de los archivadores, estantes de casetes por los suelos, cintas desparramadas como grandes serpentinas

por todas partes y ordenadores tirados con la carcasa abierta y los cables al descubierto. Nate estaba en medio del desbarajuste; no sabía qué hacer ni adónde mirar, se sentía como si lo hubieran violado y estaba a punto de vomitar. Aunque no se hubieran llevado nada, habían esparcido las investigaciones de toda una vida por la sala.

—Ah, que Jah tenga piedad de nosotros —exclamó alguien a sus espaldas—. Esto es un marrón que te cagas, tron.¹

Nate se dio la vuelta y adoptó una posición de artes marciales, aunque de hecho no practicaba ninguna y en el proceso se le había escapado un chillido de niña pequeña. En la puerta se recortaba una silueta con el cabello enmarañado como una gorgona y Nate habría gritado de nuevo si aquella figura no se hubiese adelantado hacia la luz, descubriendo a un adolescente con el pecho desnudo, con sandalias y bermudas de surfista, que lucía una gigantesca maraña de rastas rubias y alrededor de seiscientos pírsines en la nariz.

—Tú no te calientes, tronco, sobre todo no te calientes —le aconsejó el muchacho con voz cantarina. En sus palabras había hierba, tambores metálicos, tontuna, juventud y dos porros de separación de la realidad.

Nate pasó del miedo a la confusión en un instante.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Relájate, broder, que se te pira. Kona ha venido a echarte una mano.

Nate estaba tan frustrado que se dijo que a lo mejor se liberaba del impacto que le había causado el laboratorio arrasado estrangulándolo un poco, tampoco hacía falta aplicarle una llave completa, pero contestó:

—¿Quién eres y qué estás haciendo aquí?

—Kona —contestó el chico—. El jefe Clay me contrató ayer para las barcas.

—¿Eres el chico que ha contratado Clay para que se ocupe de las barcas?

—No me rayes, hombre, que acabo de decírtelo. Oye, tron, ¿eres un ninja?

El muchacho hizo un asentimiento, columpiándose las rastas alrededor de los hombros. Nate estaba a punto de gritarle de nuevo cuando se dio cuenta de que seguía manteniendo aquella falsa postura de combate y que seguramente parecía que estaba como una cabra.

¹ N. del t.: La jerga que utiliza Kona es una de las características más notables de este personaje. Aunque por desgracia es imposible reproducirla adecuadamente en castellano, hemos tratado de mantener el mismo tono en la traducción.

Se irguió, se encogió de hombros, fingió que estiraba el cuello y meneó la cabeza con aire arrogante, como había visto que hacían los boxeadores, como si acabara de desarmar a un enemigo peligrosísimo o algo por el estilo.

—Tenías que haberte reunido con Clay en el muelle hace una hora.

—Es que había unas olas flipaaaantes, tron, en North Shore esta mañana. —El chico se encogió de hombros. ¿Qué iba a hacer si no? Unas olas flipaaaantes, tron.

Nate observó al joven surfista con los ojos entrecerrados, comprendiendo que hablaba en una combinación de jerga rastafari surfista y... bueno, gilipolleces.

—Como sigas hablando así te despido ahora mismo.

—Así que tú eres el *ichiban* gran *kahuna* de las ballenas, como dice Clay, ¿eh?

—Sí —contestó Nate—. Soy el *kahuna* número uno de las ballenas. Y estás despedido.

—Vaya fregada, bro —comentó el chico, que volvió a encogerse de hombros y se dirigió hacia la puerta—. Que Jah te bendiga, tron. Buen rollo —canturreó por encima del hombro.

—Espera —exclamó Nate.

El chico se dio la vuelta. Las rastas le envolvieron el rostro como un pulpo peludo atacando a un cangrejo. Escupió una que se le había metido en la boca y estaba a punto de decir algo cuando Quinn levantó un dedo para que se callara.

—Ni una palabra de jerga hawaiana rastafari o estás acabado.

—Oka. —El muchacho esperó.

Quinn recuperó la compostura, contempló el desorden y después al chico.

—Ahí fuera hay papeles tirados por todas partes, contra las verjas y entre los arbustos. Necesito que los recojas y los coloques en un montón ordenado. Que me los traigas. ¿Puedes hacerlo?

El chico asintió.

—Excelente. Soy Nathan Quinn. —Nate le ofreció la mano.

El chico atravesó la estancia y le estrechó firmemente la mano. Nate reprimió una mueca de dolor, le devolvió el apretón y trató de sonreír.

—Pelekekona —anunció el muchacho—. Llámame Kona.

—Bienvenido a bordo, Kona.

El chico examinó la habitación. A pesar de los tensos músculos del pecho y el abdomen, parecía que al decirle cómo se llamaba había perdido parte de sus poderes y se había debilitado de repente.

—¿Quién lo ha hecho?

—No tengo ni idea. —Nate recogió una cinta arrancada de una bobina que había formado una especie de nido de pájaro de plástico marrón—. Tú recoge esos papeles. Yo voy a llamar a la policía. ¿Algún problema?

Kona meneó la cabeza.

—¿Por qué iba a haberlo?

—Por nada. Ahora recoge esos papeles. No tires nada hasta que yo lo vea, ¿eh?

—Entendido, tron —dijo Kona con una sonrisa mientras salía a la luz del sol. Entonces se dio la vuelta y exclamó—: Oye, kahuna Quinn.

—¿Qué?

—¿Cómo es que las jorobadas cantan así?

—¿Tú qué crees? —repuso Nate, y había esperanza en aquella pregunta. Aunque era joven y exasperante y seguramente estaba colocado, el biólogo confiaba sinceramente en que Kona, que no sabía demasiadas cosas, pudiera ofrecerle una respuesta. No le importaba de dónde la sacara ni cómo (además, aún tendría que demostrarla); solo quería saberlo. En ese sentido era distinto de los mediocres, los ambiciosos, los traidores y los presumidos del campo. Nate solo quería saberlo.

—Yo creo que intentan que se derrumben las murallas de Babilonia.

—Vas a tener que explicarme qué significa eso.

—Arreglamos este marrón, nos liamos un churro guapo y lo hablamos, bro.

Cinco horas después Clay entró por la puerta hablando a grandes voces.

—Hoy hemos hecho cosas increíbles, Nate. De las mejores fotos de madres con crías que he tomado en mi vida. —El hombre estaba tan entusiasmado que casi había entrado patinando en la oficina.

—Vale —contestó Nate con una visible falta de entusiasmo. Estaba sentado ante un escritorio, delante de un ordenador recompuesto. El despacho parecía bastante ordenado, aunque la carcasa abierta que había encima de la mesa, de la que brotaban cables desperdigados en una diáspora de unidades de transmisión refugiadas contaba una historia de datos desquiciados—. Alguien ha forzado la entrada y ha destrozado la oficina.

Clay no quiso prestarle atención. Tenía que editar un vídeo estupendo. De pronto, al observar los ventiladores y los cables, cayó en la cuenta de que a lo mejor también habían saboteado el equipo de edición. Se dio la vuelta y reparó en un monitor de pantalla plana de cuarenta y

dos pulgadas que estaba apoyado contra la pared; había una larga grieta diagonal que bisecaba el cristal.

—Ah —murmuró—. La madre que me parió.

Amy entró sonriendo.

—Nate, no te lo vas a creer... —Se interrumpió y vio a Clay, que estaba contemplando el monitor roto, el ordenador desparramado encima del escritorio de Nate y los documentos amontonados de cualquiera manera—. Ah —murmuró.

—Alguien ha forzado la entrada —repitió Clay, desolado.

Ella le puso la mano en el hombro.

—¿Hoy? ¿A plena luz del día?

Nate se dio la vuelta en la silla.

—También han registrado los dormitorios. Ya ha venido la policía. —Miró a Clay, que tenía la mirada fija en el monitor—. Ah, eso también. Lo siento, Clay.

—Estáis asegurados, ¿no? —dijo Amy.

Clay no apartó la mirada del monitor roto.

—Doctor Quinn, ¿ha pagado el seguro? —Clay solo lo llamaba «doctor» cuando quería recordarle que había que ser serios y absolutamente profesionales.

—La semana pasada. Y el seguro de la barca.

—Pues entonces no pasa nada —zanjó Amy, y le dio a Clay un empujón, un apretón en el hombro, un puñetazo en el brazo y un pellizco en el trasero—. Encargaremos un monitor nuevo esta misma noche, tontorrón —exclamó con voz cantarina, como una versión gótica del azulejo de la felicidad.²

—¡Oye! —sonrió Clay—. Tienes razón, no pasa nada. —Se volvió hacia su compañero con una sonrisa—. ¿Han roto más cosas? ¿Se han llevado algo?

Nate señaló la papelera, donde rebosaba una auténtica maraña de cintas de audio.

—Eso estaba tirado por todo el complejo junto con los documentos. Hemos perdido casi todas las cintas grabadas desde hace dos años.

Amy dejó de mostrarse alegre y adoptó el aire de preocupación pertinente.

²N. del t.: Nombre de un pájaro americano de color azul.

—¿Y las copias digitales? —Le dio un codazo a Clay, que todavía estaba sonriendo, y este se puso tan serio como ella. Ambos fruncieron el ceño. (Nate grababa todo el audio en cinta analógica y después lo transfería al ordenador para analizarlo. En teoría, había copias digitales de todo.)

—Han borrado los discos duros. No he podido sacar nada. —Nate aspiró una larga bocanada de aire, suspiró, se dio la vuelta en la silla y apoyó la frente en el escritorio con un golpe sordo que estremeció todo el bungalow.

Amy y Clay hicieron una mueca. Había un montón de tornillos encima del escritorio. Clay dijo:

—Bueno, no puede haber sido tan malo, Nate. Lo has recogido todo enseguida.

—El tipo que contrataste llegó tarde y me ayudó. —Nate estaba hablando con el escritorio, sin despegar la cara del punto en el que había aterrizado.

—¿Kona? ¿Dónde está?

—Lo he mandado al estudio. Había un carrete que quería ver lo antes posible.

—Sabía que no iba a dejarnos plantados el primer día.

—Clay, tengo que hablar contigo. Amy, ¿nos disculpas un minuto, por favor?

—Claro —contestó ella—. Iré a ver si se han llevado algo de mi bañera. —Se fue.

Clay dijo:

—¿Vas a levantarte? ¿O tengo que tumbarme en el suelo para verte la cara?

—¿Puedes traerme el botiquín de primeros auxilios mientras hablamos?

—¿Se te han clavado los tornillos en la frente?

—Me parece que cuatro o cinco.

—Bueno, son de los pequeños, de esos de montaje.

—Clay, tú siempre intentas levantarme el ánimo.

—Yo soy así —dijo este.